

Manifestaciones literarias, artísticas y culturales



...el santo de todos a nadie los repiten los seguidores de Engels, la risa nos distingue de los demás animales solía decir Chaplin; el canto, el habla y la poesía nos hicieron y hacen existir como especie, nos recuerdan algunos poetas.

Yo creo que todas las guerras modernas nos han hecho peores seres humanos. En nombre de la seguridad (internacional o "democrática", como quieran llamarla los guerreristas de hoy) nos han regalado el mundo más inseguro de la historia. Nada de noble tienen nuestras guerras actuales, porque ninguna de ellas pretende la igualdad, la libertad o la fraternidad entre los hombres; sólo el mísero aumento de las ganancias de los poderosos.

Las invasiones actuales apagan incendios con gasolina. Afganistán, Irak y ahora Libia, están más infernales que antes de la llegada de los salvadores comandados por el genocida Bush

Océania y sus amigos.

Hoy, ninguna guerra puede ser justificada con versos (tal vez las batallas antiguas y las gestas independentistas merecieron el canto de los poetas) por más que los propagandistas, a través de los medios masivos de comunicación, intenten hacernos creer en la nobleza de sus fines. Sólo el cultivo de la sinceridad vale en medio de tanto discurso oficial que oculta la verdad, como diría José Martí: "la cultura es la verdad que el pueblo debe saber, para nunca más perder su amor por la libertad".

Que no nos vengan a decir que después de estas guerras seremos mejores seres humanos. ¡Imposible! Están fundadas en la mentira, en relación con sus verdaderas intenciones. En el tiempo de la interconectividad y el flujo vertiginoso de la información sólo la sensatez y el culto a la razón nos harán más humanos, no las bombas.

hacemos andar nuestra evolución no por la resolución de los conflictos a punta de misiles y metrallicas, sino por el uso de la palabra, porque nuestra especie es hija de la poesía, tal como bellamente nos la ha hecho notar el poeta Joseph Brodsky, premio Nobel de literatura en 1987,

"En sentido antropológico, permítanme reiterar, que el ser humano es una criatura estética antes que un ser ético. Por lo tanto, no es que el arte, particularmente la literatura, sea un subproducto del desarrollo de la especie, sino justamente lo contrario. Si lo que nos distingue de los otros miembros del reino animal es el habla, entonces para decirlo francamente, la literatura es el objetivo de nuestra especie, y la poesía, en especial, porque es la forma más alta de la expresión".

La política colombiana en ¡Al pueblo nunca le toca!

Beatriz Eugenia Campillo Vélez
www.beatrizcampillo.blogspot.com

http://www.google.com/imgres?imgurl=http://3.bp.blogspot.com/_4U1J11K0X_U/SpWxI-AIOgI/AAAAAAAAAGs/SWwKmE7uNZU/s400/%2525C3%252581%2525BSalom%2525Becerra%2525B-%2525Ble%2525BPueblo%2525BNunca%2525Ble%2525BToca.jpg



La obra literaria titulada **¡Al pueblo nunca le toca!** (1979) del escritor colombiano Álvaro Salom Becerra (1922 – 1987), narra la historia de dos "enemigos inseparables y amigos acérrimos", como los define el autor, Baltasar Riveros (Liberal, optimista, ateo, casado y padre de nueve hijos) y Casiano Pardo (Conservador, negociante, religioso y lujurioso), ambos de clase media, quienes diariamente se encuentran en un café para terminar en acalorados enfrentamientos debido a sus diferencias políticas, cada noche juran no volver nunca más al lugar, pero al día siguiente cumplen sin falta su cita, una y otra vez. El texto literario, por medio de la vida de estos dos personajes, evidencia los problemas del proyecto nacional colombiano, el irrespeto a las instituciones las cuales sólo son usadas como fachada y los dobles juegos que tienen los discursos, puesto que aunque se crea una imagen de inclusión y participación,

el poder sigue manejado por un grupo de personas. Además evidencia el desencanto que el pueblo colombiano ha tenido por la política, pues mientras que anteriormente los partidos movilizaban masas, hoy asistimos a una crisis de representatividad y credibilidad de los partidos tradicionales, reforzado por la pérdida de las ideologías.



http://3.bp.blogspot.com/_OXHNk8ZdWMg/SufCgbiEWYU/AAAAAAAAABxY/zeZedGhIhkU/s1600/roto_ciudadano_noticia.jpg

Continúa ➡

→ Viene

El lenguaje de la obra de Salom Berra es cercano, en *“¡Al pueblo nunca le toca!”* con acento bogotano recorre las calles de la fría capital, caracteriza el ambiente, describe los lugares, la gastronomía, la vestimenta propia de la época, la pobreza y la opulencia, así como las relaciones entre las clases sociales, las pasiones, los sentimientos, los deseos, los cambios de estado de ánimo de los personajes, en fin, lo erótico, lo religioso, lo económico y sobre todo lo político, aparecen reflejados en la obra con una fidelidad muy cercana a la realidad. Para el momento, la novela se convierte en una forma no oficial, y casi heroica, de protestar por las injusticias, al recurrir a la burla, al humor y a las tragicomedias cotidianas de los ciudadanos colombianos para hacer críticas al poder, en medio de una sociedad violenta, donde muchos prefieren guardar silencio.

El poder político, un fenómeno propiamente humano, es el hilo conductor de toda la obra, allí se representan claramente las dos formas tradicionales de entenderlo, *el idealismo y el realismo*. El primero es la idea según la cual, los hombres utilizan la política para llegar a acuerdos, para establecer derechos y obligaciones, para gobernar buscando el bien común y la justicia. El segundo enfoque, el realista, entiende el poder político como el juego de intereses, las alianzas, los engaños, las traiciones que se ven justificadas por el fin que se persigue, este enfoque bien puede resumirse en la maquiavélica frase *“el fin justifica los medios”*, que, a su vez, armoniza con la advertencia del profesor Max Weber según la cual,

“quien no se la quiera ver con demonios mejor es que no participe en política”. Lastimosamente en la realidad, el último enfoque se impone sobre el primero, aunque de forma oculta. Así, la política de acción resulta como una gran mascarada, pues el idealismo no es más que una fachada del realismo, en el gran juego de las estrategias.

Por otra parte, podemos encontrar representado en la obra, que tanto la política partidista como la religión católica son elementos fundamentales de la sociedad colombiana desde la década de los 20 a la década de los 70 del siglo XX. Religión y Política llegaron a confundirse entre ellas, lo que dio lugar, y no solo en Colombia sino también el resto de América Latina, a fenómenos como el caudillismo (aún vigente), es decir, aquel personaje que encarna la voluntad del pueblo y sin el cual no hay salvación posible. Esta conducta produjo que los dirigentes políticos fueran mostrados como los padres de la patria, aquellos héroes que desinteresadamente dedicarían su vida a luchar por la búsqueda del bien común, a quienes no se les debía cuestionar, en quienes se tenía que confiar porque se debían a su pueblo y a los ideales de su partido. Nada más alejado de la realidad.

La demagogia y el populismo, dos grandes males de los caudillos, hacen que la legitimación carismática del poder, reemplace a la legitimación racional o contractualista. La política para la época se hace en la plaza pública y la oratoria es el arma de encantamiento, pues el pueblo se regocija con sólo

tener la oportunidad de ver de cerca a su caudillo y corear con él algunas frases revolucionarias (como lo hacía Baltasar). El pueblo se convierte en masa, ya no se piensa, sólo siente y esto hace que los argumentos racionales no hagan falta, los discursos solamente buscan lo emotivo, se repiten palabras que despiertan pasiones, las ya conocidas pulsiones de Freud: eros y tánnatos.

Hoy cambiaron las formas, en algunos lugares la plaza pública continúa vigente, pero en muchos empieza a ser reemplazada por los medios de comunicación, las redes sociales y el marketing político que cada vez toma más fuerza, privilegian la imagen, los deseos y la “cultura light”, sobre los argumentos. Realmente, en el fondo hemos cambiado muy poco, la escasa formación en cultura política que tiene Colombia y, en general, América Latina ha propiciado grandes errores que imposibilitan el ejercicio pleno de la ciudadanía, de la democracia y de uno de sus pilares, el control político. Algunos de los grandes errores son: que la democracia la entendamos como una relación amigo-enemigo, que la reduzcamos al ejercicio del sufragio, que no separemos el gobierno del Estado, que no entendamos el papel de los partidos políticos (aumentar el clientelismo y la corrupción), y sobre todo que veamos la política como algo ajeno, que sólo debe interesar a unos pocos y no nos apropiemos de lo que debe ser el ejercicio de la ciudadanía, con todas las responsabilidades que ella conlleva.

La Caverna, José Saramago

Gabriel Ramírez Serrano
gabrielramirezserrano@gmail.com
Departamento de Humanidades

Este pensador portugués (1922-2010) es uno de los críticos más contundentes del siglo XXI contra la sociedad de consumo que, cada vez, absorbe más a quienes habitamos en estas ciudades donde impera el tener, en cuanto se supone que “entre más

